



SE PUBLICA CON LICENCIA DE LA AUTORIDAD ECLESIASTICA

AÑO XI Núm. 20	Dirección y Administración CIUDADELA (Menorca).—Obispo Vila, 24	MARZO 1922
-------------------	--	---------------

CENTENARIOS MEMORABLES

BENEDICTO XV, de santa memoria, contestando a la felicitación acostumbrada que el Sacro Colegio de Cardenales le dirigiera, con motivo de las alegres Pascuas de Navidad; anunció para el presente año, la conmemoración solemne de varios Centenarios, todos ellos muy gratos al corazón del católico español. Tales son los centenarios de la canonización de cuatro santos, hijos ilustres de nuestra España: Isidro Labrador, humilde campesino que supo santificarse, con el trabajo de sus manos callosas y curtidas; Ignacio de Loyola, gloriosísimo fundador de la Compañía de Jesús y capitán esforzado «que conduce un ejército de valientes a com-

batir los errores de una falsa reforma»; Francisco Javier, gran apóstol enamorado de Cristo y misionero incomparable que, en alas de su celo desbordante, recorrió tierras y mares, en busca de almas que salvar, y Teresa de Jesús, simpatiquísima reformadora del Carmelo y mística Doctora de los sobrenaturales amores.

Estos Santos, en unión del amable Felipe Neri, fundador meritisimo de la Congregación del Oratorio, en 12 de marzo del año 1622, fueron elevados al honor de los altares, por el Pontífice Sumo, Gregorio XV, de inmortal recordación.

¡Pocas veces han presenciado las naves de San Pedro canonizaciones tan solemnes, como las citadas, por las que, en un solo día, fueron declarados Santos,

por el juicio infalible del Papa, cuatro varones y una mujer, tan eminentes, como Isidro, Ignacio, Francisco Javier, Felipe Neri y Teresa de Jesús.

Henchido nuestro pecho de santo entusiasmo y júbilo intenso, plácenos recordar la hermosa fecha, a la par que nos uni-

mos, de corazón, a cuantos homenajes se proyecten, para solemnizarla cual merece!

España, de una manera especialísima, está de gala, y con ella, el mundo católico entero.

¡Bendito sea Dios, siempre admirable en sus Santos!...

J.

CAMPESINA

QALIDECEN las estrellas, huyen las sombras de la noche, y, por el lejano horizonte levantino, va apareciendo una ténue claridad, mitad azulada, mitad roja; despierta la naturaleza, a manece.

Flotando en las tierras de labor, en las laderas de los pequeños montes, en las hondonadas, la niebla sutil, ha formado un cortinaje muy blanco, transparente, y las perlas del rocío, abrillantan la alfombra del yerbín de los campos.

A mi vista está un pueblecito de isla adentro, muy encaladas las casas, que se agrupan alrededor de la parroquial iglesia; es un poblado limpio, tranquilo, rodeado de fértiles terrenos y de alguna montañuela pelada. Por su campiña vuelan unas campanadas sonoras, alegres; voces de amorosa madre son que llaman a la misa de alba. De las casas van saliendo hombres que llevan útiles agrícolas, y toman direcciones distintas camino a la heredad, a comenzar las faenas

del día, curvándose sobre la tierra, regándola con su sudor, para luego cosechar el fruto que es el pan de los suyos, que es la vida; y así hoy y mañana y siempre, y cuando la muerte venga a cerrar sus ojos, hijos tienen que proseguirán la misma labor, como ellos, como sus abuelos, largos años ha.

Sigue el bronce llamando a los campesinos, dulce, insistente-mente, al santo sacrificio, y ya el sol besa la cruz del campanario de la pueblerina iglesia; y disipa las nieblas mañaneras y pone su lumbre vivificante en los trigales verdes que por doquier se advierten; y, cantan unos pajarillos, yendo sus trinos a perderse en la lejanía y hay en el ambiente aromas de azahar que deleitan y rumores de vida nueva; y es que la primavera deseada viene ya de camino, con su cortejo de bendiciones para los frutos del suelo; y el laborioso labrador, siente alegrías que hacen olvidar su rudo trabajar, porque las esperanzas son muchas.

Frente a mi, yérguese una elevación terrosa, cuyo perfil des-

tácase en el cristal del cielo, la mayor que por aquí se ve, es *Monte Toro*, la montaña querida del menorquín, por ser dó asiento su trono la Virgen amada, la que apareciera un día, ya remoto, para ser adorada en estas tierras que el mar baña, por todos sus límites; sí, el Monte Toro de la vieja historia, donde los campesinos, ponen quizá su primera mirada al salir diariamente a labrar la tierra que les legaran sus mayores; mirada envuelta en tierna oración de hi-

jo, que es alabanza y súplica, consuelo y saludo...; oración que jamás será desatendida, y que al ir a los piés de María, recojerála con mimo de madre, trocándola en flor de beneficios; y así han de pensarlo los menorquines, y afanarse por honrar cada vez más a su Moreneta; y Ella, desde ese monte, guardará siempre a su pueblo, y será su sonrisa, luz y alegría, que llenará de inefables dichas al alma.

ANGEL LÓPEZ.

Ciudadela, marzo 1922.

AL TOQUE DE ORACIÓN

GRA un bellissimo día de primavera, claro y espléndido, con hermoso sol y perfumadas brisas.

En el patio del castillo, alto y recio como un atleta, habíase colocado un dorado sillón. Una niña retozona y vivaracha, como suelen serlo las mariposas de los prados, llevaba un pequeño taburete de ébano, que había de servir para los piés de la abuelita.

En breve se ofreció a la mirada de los hombres un tierno espectáculo: sentada a los piés de la anciana, la niña fijó, de improviso, en ella sus ojuelos azules como el cielo claro de aquel día, y echándose sobre las rodillas que la habían mecido, enlazó, con sus brazos, el cuello de la octogenaria. La niña era la yedra trepadora, la abuela el añoso tronco que la sostenía.

—Abuelita, dijo la niña, ¿por qué son blancos vuestros cabellos, mientras los míos son tan negros!

—Porque tú, María, te hallas aún en la primavera de la vida, y sueñas, como sueñan los ángeles puros, mientras yo me hallo en el invierno de mis años, y bien sabes tú, que en invierno, siempre nieva.

—¿Y cómo es que tenéis la cara, llena de arrugas?... Yo no tengo ninguna, ni mamá tampoco.

—Hija mía, en la primavera, todo es alegre, todo sonríe; así es la primavera de la vida. Pero así como, durante el invierno, el arado va trazando surcos en la tierra, así los años han trazado estas arrugas en la frente de tu abuela... Son, hijita de mi alma, son los surcos del dolor.

—¿Y por qué meneais, tanto la cabeza? Tan pronto parece que decís *si*, como *no*...

—¡Oh, María! es que el viento

del cielo me sacude sin cesar; es que el viento de la vida agita mi alma, hasta lo más hondo, y la conmueve, despiadado y cruel.

—Abuelita ¿porqué rodea vuestros ojos, un círculo negro y triste?

—Hija mía, es que he llorado mucho, mucho... ¿No sabes tú que el agua cava los más duros peñascos? ¿No sabes que la lluvia continua torna negras las más blancas rocas?...

—¿Y por qué os inclináis tanto, hacia el suelo?

—Para que pueda ver mejor el lugar que he de ocupar, en breve y para demostrar, a Dios, mi completa sumisión a su divina voluntad.

—¿Y qué decis, siempre, por lo bajo, cuando rezáis?

—Ruego por tí, cada día.

—También yo, abuelita, también yo ruego por vos...

La campana de la vecina Iglesia toca, lentamente, el *Angelus* nocturno. Abuela y nieta se perignan, juntamente, y desde las dos extremidades de la vida, ambas rezan a la Virgen, la simpática oración del *Ave María*. El crepúsculo muere en el cielo y brilla, en lo alto, la primera luzcita de una estrella... Es la hora grande del misterio y del silencio; la hora del espíritu...

JPH.

EL IDILIO DE LA LUNA

A las aguas sonrientes del río
la luna las ama,
y, de noche, brillante y hermosa,
desciende a besarlas.

Recubriendo su nítido lecho,
con velos de plata,
las aduerme, contándolas bellas
historias fantásticas.

Son visiones fulgentes, perdidas
en brumas doradas,
donde late, cantando y llorando,
invisible, una arpa.

Son recuerdos de tiempos que fueron,
secretos que guardan,

los fulgores sublimes del éter,
las sombras calladas...

Y las aguas escuchan... escuchan...
suspensas, extáticas,
deteniendo su dulce murmullo,
soñando, hechizadas.

Sus ensueños hermosos encienden,
su sueño abrillantán,
y convierten en lluvias de estrellas
sus nubes de nácar...

Por esto es que, a la luz de la luna,
fulguran las aguas,
semejando, de noche, a lo lejos,
cristales de plata.

L.



CRÓNICA MARIANA

VISITAS AL SANTUARIO DE MONTE-TORO.—Completando la relación, que hemos dado en números anteriores, de las personas que, durante el pasado año de 1921, visitaron a Ntra. Señora de Monte Toro, en su propio Santuario, levantado en el centro de la Isla como celestial pararrayos, que nos libra a los menorquines de los castigos divinos, muchas veces merecidos por las ofensas inferidas a nuestro Creador; damos, en la presente crónica, el número de visitas realizadas en el cuarto y último trimestre del mencionado año, con un total de *seiscientas quince*, de las cuales, 348 pertenecen al mes de Octubre, 115 al Noviembre y 152 al mes de Diciembre. La Virgen Santísima agradece las visitas que le hacen sus devotos, con la concesión de nuevas gracias que alcanza de su Hijo divino, siempre dispuesto a escuchar las súplicas que Ella le hace, en favor de sus amantes hijos.

BALANCE ANUAL.—Dando ahora una mirada de conjunto al mentado año de 1921, podemos presentar a nuestros lectores, a guisa de balance, el total de visitas hechas a la Patrona celestial de Menorca por sus fieles hijos, cuyo número es de *nueve mil setecientas ochentinueve*, algo inferior al de los dos años anteriores, pero importantísimo, si se tiene en cuenta las dificultades que tienen que vencer la mayor parte de los pere-

grinos que en el transcurso de un año suben la santa montaña, para postrarse ante la Imagen veneranda de su querida Madre y rendirle completa pleitesía. La distribución es como sigue:

Primer trimestre

Enero	105
Febrero	175
Marzo.	223

Total. 503

Segundo trimestre

Abril	2.491
Mayo	3.948
Junio	839

Total. 7.278

Tercer trimestre

Julio	265
Agosto	228
Septiembre	900

Total. 1.393

Cuarto trimestre

Octubre	348
Noviembre	115
Diciembre	152

Total. 615

Total general: 9.789.

Las peregrinaciones más importantes fueron:

Ciudadela	2
Mahón	4
Alayor	5
Mercadal	3
Ferrerías	4
San Luis.	1
San Cristóbal	5
San[Clemente	2
Villa-Cárlos	2
Fornells	2

Total. 30

PEREGRINACIÓN A MONTE TORO. —Sabemos que nuevamente se proyecta la celebración de devota Romería a Monte-Toro, para el martes después de Pascua, como terminación del VII Centenario de la fundación de la Orden Tercera Franciscana. Tan

piadoso proyecto, promovido por los Padres Capuchinos encargados de la Predicación Cuaresmal, ha merecido la aprobación de nuestro Exmo. Sr. Obispo, quien ha prometido presidir dicha peregrinación.

D.



EL MAYOR TRIUNFO

(LEYENDA)

I.

REGISTRANDO mis viejos papeles hallé la añeja leyenda. Es sencilla, pero es hermosa. ¡Escúchala!...

II.

Pocos habrá que no conozcan, de nombre, al menos, a *Hacsum*, aquel temido aventurero que en el siglo IX, consiguió dominar el oriente de España, hasta inspirar serios temores a los Emires de Córdoba. Hijo de humildes padres y dedicado al trabajo de sus manos, trocó, más tarde *Hacsum*, su honrada ocupación, por la agitada vida de salteador de caminos, hasta que las circunstancias de nuestra patria le facilitaron la conquista del fuerte Rotah-el-Yehud. Desde su inaccesible guarida, asentada sobre elevados picachos y breñales, *Hacsum* desafiaba el poder de los Emires, como el león y el águila desafían el rayo resquebrajante.

Cien y cien poblaciones prestaronle sumisión y obediencia, y *Hacsum*, envalentonado, dirigió, entonces, hacia Córdoba su alta-



nera mirada, y soñó, por un momento, llamarse Emir.

Dulces recuerdos pasaron por su mente: acordóse de *Tarik* sometiendo a casi toda España, y de *Abderramán*, venido de lejanas tierras, con la sentencia de muerte, suspendida sobre su cabeza y el odio a los Abasidas, arraigado en su corazón. Pensó que quizá estuviera escrito que fuera él, andando el tiempo, el único señor de nuestra España.

III.

Preocupado por tan gigantesco proyecto, *Hacsum* salió a pasear, una tarde, por los alrededores de su castillo, cuyas almenas, de lejos, semejaban colosales centinelas. Distráido como iba, fué apartándose, cada vez más, de su morada, y caminando, al acaso, como un ebrio, llegó a una gruta escondida, entre malezas y jarales. *Hacsum* detúvose, un momento a contemplarla.

—¿No ves, dijo al criado que le acompañaba, no ves algo en el fondo de esa gruta?

—Señor, si no me equivoco, veo un hombre.

—¿Un hombre? Haz salir al osado que intenta ocultarse a mi mirada.

Poco después, un anciano de

luengas barbas y desordenados cabellos, vestido de tosco y burdo sayal y ceñido el cuerpo, con ceñidor de piel apareció, llevando, en una mano, sencilla cruz de madera, y en la otra, rico cofrecillo de plata, sobredorada.

—¿Quién eres? le preguntó Hacsum.

—Y qué interés puede tener, para vos, el nombre de un pobre ermitaño?

—Ninguno; pero quiero saberlo, y tú estás en la obligación de contestarme, al momento.

—¿Con la obligación de contestaros, decís?

—¡Cómo! ¡No ha llegado a tus oídos, la fama de mi nombre? ¿No conoces al victorioso Hacsum, el protegido de Alah?

Como fugaz relámpago que cruza el espacio, y brilla en tranquila noche de estío, así la ira se dibujó, por un instante, en la tranquila mirada del anciano.

—Ocupado en otras victorias, no menos difíciles, contestó, con aparente calma, no había podido conocerlos, dije mal... recordaros.

—¡Insolente! ¿De qué victorias hablas? dijo Hacsum, rugiendo de cólera; pero, antes de que el anciano pudiera contestarle, fijóse en la arquilla de plata, y se abalanzó hacia ella.

—¡Jamás! exclamó, enérgicamente, el ermitaño.

—¡Abrela, pues!

El anciano levantó la tapa y dejó ver una hermosa trenza, rubia como el oro antiguo.

—¿De quién son esos cabellos? preguntó Hacsum.

—Es un secreto.

—Contesta, o morirás al instante.

—Haced lo que os plazca, más dejadme un momento, para disponerme.

Hacsum reflexionó; la severa majestad del anciano le impresionó vivamente, y limitóse a mirarle desdeñosamente, para alejarse, sin contestarle una palabra.

IV.

En el castillo de Rotah-el-Yehud, se nota extraordinario movimiento; hácese aprestos de guerra, con actividad, y, a toda prisa, se reúnen en la fortaleza, las tropas de Hacsum. El Walf Abdelmelik ha acudido también, con presteza.

V.

Almondhir, al frente de un poderoso ejército, ha acampado frente a la guarida de Hacsum. El río Isabana refleja en sus cristales movedizos los atezados rostros de los soldados del Emir.

No tardó mucho tiempo, al empezar la batalla. Los dos opuestos bandos, al son de sus trompetas y añafiles, se precipitaron contra sí, dando alaridos y salvajes gritos. Por algún tiempo, estuvo indecisa la victoria, pero, al fin, las tropas de Almondhir llegaron a las puertas del castillo.

Vióse, entonces, al incógnito ermitaño, con su arquilla de plata, como jadeante y sudoroso penetraba en la estancia del temible Hacsum.

—¡Huid! dijo; Adelmeilk acaba de morir; tus enemigos no tardarán en ocupar tu fortaleza.

—¡Estaba escrito! murmuró Hacsum apesadumbrado. Alah decretó mi muerte, porque ¿cómo

escapar, sin que lo adviertan, los soldados del Emir?...

—Yo os enseñaré una senda que no conocéis.

—¡Sea! pero hagamos un supremo esfuerzo. ¡Soldados, el paraíso está prometido a los valientes!

V.

Rotah-el-Yehud ha sucumbido. El estandarte del Emir, ondea, flameante, en el más alto torreón de la fortaleza.

Aquella noche, las estrellas brillaban hermosas y titilantes, como diamantes lúcidos.

—El cielo es insensible a mis desgracias, pensó Hactsum, quien volaba a esconderse en las fragosidades de los Pirineos.

¿Qué hubiera dicho Hactsum si supiera que el cielo estaba de gala!

Escuchad...

VI.

Los mortales duermen; únicamente Alvaro, el ermitaño, vela, en la apartada gruta, donde vive.

—¡Señor! ya podéis llevar de este mundo a vuestro siervo, dice, mientras estrecha contra su corazón, el cofrecillo de plata.

—Hija mía! ¡Hija de mi corazón! Tu padre es digno de unirse, nuevamente, contigo ¡He perdonado! ¡He salvado de la muerte al hombre que te hizo perder la vida! ¡Hoy he salvado a Hactsum!

Pero el antiguo salteador de caminos, no se acuerda... ¡Sólo lo sabe Dios! Dios y yo, que guardé tu trenza, como prueba de que jamás te olvidaría.

¡Dios mío! ¡Dios mío! llevadme al cielo, para ver a mi hija.

Esto decía Alvaro, el penitente, mientras lanzaba tristes gemidos que el eco repetía.

Y, mientras tanto, una hermosa virgen, cubierta con vestiduras más blancas que el ampo de la nieve, postrábase, suplicante, ante el trono del Eterno.

—Indigna soy de miraros siquiera, pero no retardeis a mi padre el premio de sus virtudes, si tal es vuestra divina voluntad.

—El, añadían los ángeles, ha alcanzado el mayor triunfo posible en la tierra, porque supo triunfar de sí mismo.

VII.

Hactsum y Almondhir no existen: sus estrepitosas hazañas hundieronse, con ellos. ¡Con ellos, que vencieron ejércitos poderosos y aguerridos; con ellos que supieron dominar cien hermosas ciudades!

Pero más allá de las nubes y del espacio, dó giran los astros esplendentes, para ser lámparas ante el trono de Dios, Alvaro el ermitaño de Rotah-el-Yehud reina, eternamente.

Y los ángeles, cuando pasan junto a él, cantan la misma melodía de cuando murió.

—¡Sea Dios, eternamente, alabado! ¡Lor a Alvaro que alcanzó el mayor triunfo, porque supo triunfar de sí mismo! ¡Victoria! ¡Victoria!...

Por la transcripción:

J. LE BRIZ.

